

# CUANDO BABEL ES UNA BENDICIÓN

Néstor Míguez \*

El autor propone revisar y releer los mitos relacionados con el lenguaje y la multiculturalidad. Con la excusa del relato bíblico, abre el debate acerca de la pluralidad de lenguas como liberación u opresión de los pueblos.

\* Doctor en Teología, Instituto Superior Evangélico de Estudios Teológicos (Isedet). Pastor de la Iglesia Evangélica Metodista Argentina (IEMA). Docente titular, Isedet. Miembro del Comité Editorial de la *Revista de Interpretación Bíblica Latinoamericana*. Editor del *Journal of Latin American Hermeneutics*. Coautor de *Métodos Exegéticos*, entre otros. Autor de numerosos artículos.

El relato bíblico de Babel ha sido el mito dominante en Occidente en cuanto al origen de las lenguas y la dispersión de los pueblos. Si bien hoy la etnología y la lingüística nos aportan otras explicaciones, en el imaginario colectivo hay una cierta mirada sobre el tema de la diversidad lingüística que sigue informada por una lectura de Babel como relato fundante. Mi propósito en este artículo es mostrar cómo ese relato ha sido objeto de una interpretación marcada por tendencias hegemónicas, que han logrado imponer una visión clausuradora del mismo, y aportar otra posible hermenéutica del mito. Esto como punto de arranque para considerar las potencialidades liberadoras del plurilingüismo y el marco de multiculturalidad en el que hay que considerarlo, especialmente, y justamente, a partir de las construcciones mítico-simbólicas que produce toda situación de encuentro/desencuentro cultural.

La lectura más común –e impuesta– de Babel es que el mundo entero tenía una misma y única lengua. Pero los hombres quisieron hacerse poderosos y construir una torre que llegara



al cielo para igualarse a Dios.<sup>1</sup> Dios castiga esa soberbia confundiendo las lenguas, haciendo que ya no pudieran entenderse entre sí, para evitar que la construcción continuara. De esa manera los seres humanos se dispersan, y se originan los diversos pueblos y sus lenguas. Esto ha quedado impregnado en la cultura popular en la que “esto es una Babel” es un dicho que se refiere al habla caótica, al *blableo* inconsistente o a la mutua incompreensión. En última instancia, esta lectura ve, entonces, a la pluralidad de lenguas y culturas como un castigo, una maldición mítica impuesta por la divinidad.

Una lengua universal sería, pues, el estado ideal (edénico) de la humanidad, y tender a ella es superar esa caída, esa maldición, y recuperar la perdida unidad universal. En un siguiente paso, el cristianismo ve la superación de ese castigo en el surgimiento de la Iglesia. En la experiencia de Pentecostés, donde los apóstoles, inspirados por el Espíritu Santo, predicán en las diversas lenguas, se repararía esa falta. Así, las divisiones étnicas y lingüísticas son superadas por el advenimiento de una nueva institucionalidad con vocación universal, pero no ya en oposición a Dios sino como su dádiva y representación.

Esta forma del mito y su interpretación, sin embargo, encuentra serias dificultades cuando se va a la fuente textual. Sin entrar a profundizar sobre todos los componentes de la hermenéutica bíblica de este relato,<sup>2</sup> me gustaría señalar algunos puntos de interés.

1. El relato se ubica en el libro del Génesis, capítulo 11, interrumpiendo la genealogía de los hijos de Noé, tras el diluvio.<sup>3</sup> Pero esa genealogía, que abarca el capítulo 10, ya ha determinado que de esa descendencia se forma una pluralidad de pueblos, cada uno

“[...] según sus familias, por sus lenguas, en sus tierras, en sus naciones”. Es decir, la diversidad aparece de antemano, previa al relato de Babel.

2. En esa genealogía del capítulo 10 se menciona a Nimrod, “[...] el primer poderoso de la tierra” que se pone “frente al rostro de Dios” (Génesis 10, 8-10).<sup>4</sup> Entre los hechos que se le atribuyen a Nimrod está el de hacer “[...] el comienzo de su reino en Babel”.<sup>5</sup> Se le atribuye, además, el ser fundador de otras ciudades imperiales. De manera que el lector que ha seguido la secuencia bíblica ya sabe que Babel no es fundada por “la humanidad” como conjunto indiviso, sino por un grupo, comandado por Nimrod y los suyos, en este primer intento de construir poder.

3. La construcción de “la ciudad y la torre”, introduciendo además innovaciones tecnológicas (el ladrillo cocido y el betún), indican la configuración de un poder económico y militar centralizado, en tiempos en los que el modo de vida dominante eran los grupos de pastores nómades. Así, esta construcción indica, además, un choque entre las ideologías y las culturas de la naciente civilización urbana y su configuración militar y los pueblos rurales (incluyendo las aldeas agrícolas; para los agricultores, Babel sería así el prototipo de las ciudades-Estado feudales que impondrán su poder a las comunidades rurales del entorno).

4. La palabra “castigo” o “maldición” no figura en el relato bíblico. La acción divina viene a impedir el proyecto imperial de Nimrod y los suyos de “[...] hacerse un nombre por si nos extendemos en toda la tierra”. Por el contrario, la expresión que se usa –“descendió Dios para ver”– se pone como contra-

parte a la intención de los constructores de llegar al cielo. En los textos bíblicos suele ser una constante que cuando “Dios desciende” lo hace para identificarse con los sufrientes, pero cuando castiga lo hace directamente desde su trono celestial.

5. Al ver lo que se proponían, la divinidad busca una forma de detener la construcción y lo hace confundiendo las lenguas. Así leído el texto, la acción divina aparece, no como un castigo a la soberbia del titanismo humano (entendido como pecado universal), sino como un acto liberador que impide que un grupo particular de hombres, con un proyecto de dominación, se imponga a los demás. La pluralidad de lenguas aparece, entonces, como un elemento legitimador de la diversidad, un freno al afán avasallador de Nimrod y sus seguidores.
6. El nombre de Babel y su leyenda no vuelve a ser mencionado en toda la Biblia. La construcción de la interpretación usual y su propagación como mito de castigo, es una construcción posterior. Sin embargo, eso no significa que no haya continuidad para la ciudad y su proyecto de dominio: luego aparece bajo el nombre más usual de Babilonia, que, como fuera dicho, es la imagen del poder opresivo imperial.<sup>6</sup> Esto queda plasmado en el libro del profeta Daniel (capítulo primero), donde se destaca que cuando Nabucodonosor, Rey de Babilonia, invade y destruye Jerusalén y su templo, y lleva prisioneros a la elite más culta del pueblo judío, estos fueron obligados a aprender la lengua de los invasores, y sus nombres fueron cambiados por nombres caldeos. Además se destaca, en el plano cultural, que se quiso obligarlos a modificar su dieta por la alimentación de los

nuevos amos, y que sus utensilios de culto fueron utilizados ahora en los templos de los dioses babilónicos.

Por cierto queda mucho por decir de este texto, pero baste esto para ejemplificar lo que me propongo mostrar: que el mito de Babel y su lectura como el origen de las lenguas, en su primera formulación, fue una visión liberadora de la multiplicidad y no negativa. La pluralidad de lenguas es un mecanismo “ideado por Dios” para permitir las distintas identidades étnicas, para frenar el intento de control imperial de los poderosos y para asegurar la dispersión de los pueblos, de tal manera que cada uno pueda tener su propia tierra. Será en los intérpretes occidentales, ya en la época cristiana (y esto es común para todas las distintas corrientes del cristianismo hasta tiempos muy recientes), que el relato de Babel será, una y otra vez, leído como maldición.<sup>7</sup> Ha sido la ciencia bíblica latinoamericana y africana la que ha revisto este relato y planteado la lectura alternativa que ahora propongo.

Pero el impulso de los constructores de Babel, de usar su nueva tecnología para construir una ciudad y una torre (poder económico y militar), de hacerse un nombre “[...] para cuando nos expandamos por la tierra” y de imponer una unidad lingüística para ello, no terminó con la frustrada experiencia de Nimrod. Sean los paradigmáticos reinos expansivos bíblicos, como Asiria y Babilonia; la imposición helénica a partir de Alejandro, o el prototípico imperio romano, todos han afectado la conformación cultural de los pueblos a los que han sometido.

Sin embargo, las plagas bíblicas no terminan cuando se dejan atrás los tiempos bíblicos. La expansión colonial de España y Portugal, o de

La pluralidad de lenguas permite frenar el intento

de control imperial de los poderosos y asegurar

a cada pueblo su propia tierra.



la corona británica (en menor medida la de otros países europeos) han dado continuidad a esta empresa, y han tenido un efecto de *unificación de lenguaje* en los continentes donde ha avanzado. Así, toda la América al sur del Río Grande (y aún mucho más al norte previo a la anexión, por parte de los Estados Unidos, de antiguas posesiones mejicanas y españolas) quedó *unificada* bajo la lengua española. Excepción hecha de Brasil, las Guyanas, y ciertas zonas del Caribe, que también exhiben las lenguas de sus conquistadores, debidamente deformadas, o, mejor aún, transformadas.

#### La unidad lingüística como instrumento de control

Un estudiante africano de la Guinea Ecuatorial (ex Guinea Española), Juan Manuel Ekó Ekó Ada (ya el nombre es un homenaje a la síncretis), que vino a completar sus estudios teológicos a Buenos Aires, me contaba cómo en la escuela tenían prohibido hablar *Fang*, su lengua nativa, y debían hacerlo todo en castellano, aún después de la independencia de su país. Un maestro que lo sorprendió hablando *Fang* con un compañero le dio tal tirón de oreja que le produjo un desprendimiento de tímpano y una disminución auditiva. Vaya paradoja: ¡para que no hablara le disminuyó la audición! En otras oportunidades, otros compañeros sufrieron castigos, tanto físicos como psicológicos, para convencerlos de no usar su

lengua nativa (si bien el *Fang* es mayoritaria, hay otras lenguas nativas en la región). En nuestro propio país, dirigentes de comunidades pentecostales tobas me confiaban como algunos misioneros les habían prohibido usar su lengua (*Qom laq'taq*) porque era “del demonio”.<sup>8</sup> También relatan episodios escolares similares al que sufrió Juan Manuel.

Anécdotas como estas pueden multiplicarse hasta el infinito en varios continentes. Es que el disciplinamiento social necesita de cierto control comunicacional. El establecimiento de una *lengua oficial* y la enseñanza del *idioma nacional* reflejan esta realidad. El espacio de la lengua como campo de poder ya ha sido estudiado por autores como Pierre Bourdieu (1985) y otros como para detenernos demasiado en ello. Y es en los ámbitos de construcción simbólica, privilegiadamente la escuela y el mundo religioso (al que hemos de agregar ahora, muy significativamente, los medios masivos de comunicación) donde este poder se hace más visible y necesario.

Pero, para no quedar entrampados en una visión unilateral, también debe señalarse que el conocimiento de la lengua impuesta genera posibilidades comunicacionales, permite una comprensión diferente del mundo también para los sujetos subalternizados. El ya mencionado héroe bíblico Daniel, el modelo del “cautivo sabio” en la odiada Babel/ Babilonia, aprende la lengua y la cultura de los invasores

y llega a destacarse en ellas de tal manera que es incorporado como consejero del Rey, posición que aprovechará para defender a su pueblo. Sin embargo, conserva un cierto *núcleo duro* de su identidad al mantener (bajo cierta clandestinidad cómplice con algunos *locales* simpatizantes) su lengua, su régimen alimentario y su fe. Esto con una cierta visión (Daniel figura entre los profetas) de que todo imperio finalmente sucumbe, que los tiempos humanos son finitos también para los poderosos, y que la verdadera sabiduría está en aprovechar creativamente todos los conocimientos, no abandonar la memoria, y en el reconocimiento de los propios errores, sin dejar por ello la esperanza. De esta manera se transforma en una referencia heroica para “el pueblo de la tierra”, los sencillos que han quedado cultivando los campos bajo el poder invasor.

Así, algunos dirigentes *anti-apartheid* de Sudáfrica, reflexionaban sobre el papel ambiguo del inglés o del *Afrikans*,<sup>9</sup> que por un lado representaban al conquistador imperial y el colonizador discriminante, pero por el otro aparecían como *lingua franca* entre los distintos pueblos colonizados en su esfuerzo de coordinación en la lucha común. Además, les proveía una comprensión y llegada al *mundo blanco* que les permitía buscar las solidaridades internas y externas necesarias.

En la experiencia de las comunidades originarias, el dominio de la lengua dominante

aparece como una necesidad de supervivencia. Un abuelo toba me contaba: “Antes venía el blanco y nos decía: ‘firmá aquí’, y el toba no entendía nada, porque no sabe leer ni entiende *doqshi laq'taq*, y hacía su seña. Y luego con ese papel nos sacaba todo. Ahora el chico va a la escuela y puede leer, y ya no es tan fácil [...] aunque poco es lo que nos ha quedado”. Así, mientras la imposición de la lengua de la sociedad envolvente es un arma de control, es, a la vez, un instrumento de resistencia y sobrevivencia en ese mundo impuesto.

### No solo la lengua, sino la cultura y otras cosas

En un llamativo adelanto a su tiempo, el escritor bíblico, al señalar la dispersión de los pueblos, indica que estos se forman “[...] según sus familias, por sus lenguas, en sus tierras, en sus naciones”. Serán los temas que los antropólogos debatan siglos después cuando consideren los temas de identidad: organización de los vínculos de parentesco, conformación lingüística, territorialidad, institucionalidad. En ese sentido, no es solo la lengua lo que está en juego en las experiencias de bilingüismo o plurilingüismo. Cada lengua es parte de una cosmovisión y contribuye a configurarla. Las incomprendiones y los desencuentros, tan trágicos hoy en varias partes del mundo, no proceden solamente de las dificultades idiomáticas, sino también de comprensiones diversas del mundo; del sentido de la vida humana;

En la experiencia de las comunidades originarias,

el manejo de la lengua dominante aparece

como una necesidad de supervivencia.



del modo de las relaciones sociales; de las mediaciones y las construcciones simbólicas, religiosas; en fin, de lo que llamamos una conformación cultural, por cierto también por intereses económicos y políticos contrapuestos. Aunque también las valoraciones de cómo se constituyen y persiguen estos intereses están marcados por tradiciones culturales propias.

Por lo tanto, el tema del pluralismo, justamente para que no aparezca la versión opresiva de Babel sino su experiencia liberadora, se nutre del reconocimiento de la riqueza y la sabiduría que hay en la diversidad. El problema es que, en muchos sentidos, esa diversidad no está contemplada en los saberes canónicos. Cuántos estamos dispuestos a reconocer que el quechua o el wichí, el toba, el guaraní o el mapuche (o también el migrante coreano) que habla su propia lengua, además de la nuestra, de alguna manera *sabe más*. Y no sólo sabe más porque domina una segunda lengua, aunque no sea una lengua occidental (cosa que la mayoría de nosotros no hacemos) sino porque esa lengua es reflejo de una construcción del mundo que pone en evidencia una sabiduría formada por siglos, aunque hoy sea negada u olvidada. Sólo que ese saber no resulta funcional a la dinámica que le hemos impuesto a nuestra sociedad dominante (cuando no resulta directamente cuestionador). Muchas veces la reacción de prohibición, negación o prejuicio contra una lengua nativa proviene del temor a ese cuestionamiento. ¿Cómo sé que el chico que habla mapudungun<sup>10</sup> en el aula no se está burlando? Y quizá sí se esté burlando, porque le resulta extraño el modo o las presuposiciones que subyacen al discurso, gestos, actitudes, del interlocutor docente. Después de todo, los occidentales lle-

vamos siglos burlándonos y ridiculizando las conductas y las culturas de los otros.

En el campo pedagógico que nos ocupa debe reconocerse que las dificultades de aprendizaje que aparecen en espacios interétnicos (y a veces no solo allí, como indicaré más adelante) son, la mayoría de las veces, parte de procesos de incompreensión cultural. Efectivamente, el estudiante muchas veces *no entiende*, porque su universo simbólico, el modo de manejo de la realidad e incluso el modo de recibir y expresar los afectos, son distintos de los propuestos en el marco educativo de la sociedad envolvente (tanto formal como informal). Pero esto no es sino la contracara de que suele ocurrir que el docente tampoco entiende cómo y por qué los otros y las otras (y aquí no estoy sólo respondiendo a un prurito incluyente: la distinción de género tiene también relevancia cultural) actúan como lo hacen; tampoco suele percibir plenamente las cosas que están en juego, las sensibilidades que se movilizan según los lugares y los espacios culturales y las representaciones del otro que entran en la interacción. Los modos operativos con que actúan el docente y la institucionalidad educativa aparecen naturalizados por el entorno escolar, y por lo tanto como esperables, aunque muchas veces resultan ajenos al mundo del cual provienen sus alumnos y con el cual busca comunicarse.

Además, se deben mencionar los cuestionamientos, abiertos o subyacentes, que se dan en la memoria de los pueblos subalternizados. “Los blancos siempre están enojados, siempre hablan a los gritos”, me comentaba un anciano toba. Y eso no es sólo una caracterización del modo de expresión; hay siglos de experiencias de despojo, de discriminación, de maltrato, detrás de esas

palabras. Esto muchas veces se agrega a otros factores, ambientales, entre los cuales deben reconocerse las dificultades económicas, demográficas, habitacionales o de conformación familiar. No podemos desconocer que los pueblos y sectores subalternizados han sido despojados, justamente, de sus familias (o modos tradicionales de conformación familiar), de sus lenguas, de sus tierras y de sus naciones (instituciones, religiosidad, legalidad). Y que las dificultades de comunicación y mutua comprensión están marcadas, atravesadas, por esta realidad.

### Entre Babel y la globalización

Una recorrida por Internet nos muestra cuán frecuentemente aparecen el vínculo entre el mito babélico y la realidad de un mundo globalizado, incluso hoy llevada así al cine. Es que la globalización ha estrechado el contacto entre las culturas y los pueblos que antes ponían distancias y barreras. Pero hay que ser cuidadoso, porque la globalización no está marcada por el hecho del contacto entre culturas, sino en el modo y el ideario que lo alienta. Como bien marca García Canclini (1990), el modo y la cantidad de migraciones en el mundo hoy no es históricamente el más significativo. Lo que ha cambiado es el modo en que los países y las regiones dominantes participan en ello. Europa expulsó a sus pobres hacia sus colonias (y otros sectores de lo que en la actualidad llamamos Tercer Mundo), por decenas de millones, entre los finales del siglo XIX y principios del XX. La configuración demográfica de nuestro propio país es una muestra de ello. Pero esa misma Europa hoy tiene dificultades para recibir a descendientes de esos mismos migrantes, o a quienes intentan hacer el camino inverso, movidos por su propia pobreza.

Como Babel, el intento de unificar (y dominar) termina siendo un disparador que evidencia los conflictos de identidades (aun cuando no estoy planteando una visión esencialista de las identidades). En realidad, lo que más ha unificado la globalización occidental es, en la pretensión de la antigua Babel, su tecnología, su poderío militar y su sistema económico, y en ello ha avanzado sin miramiento de las culturas, los modos, las identidades ajenas. Admite muchas culturas, pero busca imponer un solo y único sistema económico. Sin embargo con ello ha fragmentado el mundo cultural, ha levantado nuevas barreras migratorias, ha establecido parámetros políticos con los cuales desmiente su pretendido universalismo. De esa manera ha forzado la hibridación de las culturas, una síntesis en la cual la apariencia de una diversidad celebrada oculta, en realidad, una profunda incompreensión, que suele eclosionar en manifestaciones de violencia, física o simbólica, que van desde los conflictos interétnicos hasta ciertas formas de violencia deportiva, en la escuela, y aun de violencia familiar.

Si bien la mayoría de las ilustraciones aportadas en este breve artículo, que solo *pasea* por arriba de algunos problemas complejos, están referidas a cuestiones étnicas y a la realidad de los pueblos originarios, quizá por ser el espacio donde esto es más visible, debemos reconocer que situaciones similares se dan mediante los temas de cultura de clase o de sectores sociales. Las sensibilidades diferentes que se generan en espacios propios de ciertos sectores sociales deben ser consideradas prácticamente como diferencias culturales en el ámbito de los procesos educativos. La pregunta tiene que ver con los modos de crear una

comunicación que, aunque se expresa con palabras similares, está poniendo en juego mundos vitales claramente distintos.

Para ello es necesario ver cómo, obligados muchas veces por su condición de subalternizados, ciertos sectores sincretizan en los símbolos dominantes sus propias tradiciones, como formas de *legalizarlas*. Esto se ve claramente en el mundo religioso, pero también ocurre en otros espacios culturales, fenómeno hoy potenciado por la interpenetración que permiten los medios de comunicación masiva.

La educación, y especialmente la escuela, enfrenta en esta época un desafío crucial en este mundo globalizado, babelizado. Y es descubrir, y no camuflar bajo un proyecto unificador de dominación, cómo pueden coexistir y enriquecerse mutuamente las diferentes culturas; cómo ver en la transculturalidad un

fenómeno enriquecedor; cómo reconocer, en las redes diferentes simbólicas que se ponen en juego, saberes complementarios, y aprovechar esa pluralidad como construcción. La exclusión mata, pero una inclusión acrítica envenena. No alcanza con ser *sensibles* a la diversidad de lenguas o culturas; también hay que plantearse cómo ello está condicionado por los modos de acumulación económica, de incidencia política. No se trata de incluir en el mundo globalizado, sino de tomar en cuenta la diversidad de relaciones sociales que deben ser enriquecidas, transformadas. Ello significa, sí, integrar los saberes que permiten desenvolverse en el mundo real hoy, pero hacerlo desde la anticipación de alternativas posibles que vuelvan a poner a Babel, no como un acto de soberbia avasallante, sino como una experiencia liberadora de pluralidad. 

## Notas

- <sup>1</sup> Este sería el probable origen del nombre, “Puerta hacia Dios” (Bab -el. *El [Ili]* en la forma caldea) es uno de los nombres de la divinidad). Sin embargo, sobre el final del relato, éste hace remontar el nombre a la forma hebrea *balal*, que significa confundir, o pronunciar palabras ininteligibles (como nuestro “bibleo”).
- <sup>2</sup> Para quienes tengan interés en ello pueden ver mi artículo: “Un acercamiento a Génesis 10-11 en diálogo con el pueblo Qom”.
- <sup>3</sup> En el relato mítico del Diluvio, toda vida animal perece, con excepción de los peces y los habitantes del Arca con el que Noé se salva él, su familia y los animales que Dios le ordena preservar. Por lo tanto serán los hijos de Noé quienes repoblarán la tierra, y de sus descendientes se forman los distintos pueblos.
- <sup>4</sup> Nimrod es descendiente de Cam, el tercer hijo de Noé, y sobrino de Mizraim (Egipto, la otra potencia imperial). Representa el primer pueblo diestro en el manejo de armas (gran cazador es Nimrod). Probablemente sea el nombre mítico que se asocia con poderosos reyes que emprendían safaris de caza, pero que a la vez sometían a los pueblos que encontraban a su paso.
- <sup>5</sup> Babel, en la llanura de Sinar, será luego “Babilonia”. En el relato bíblico Babilonia será, hasta su caída final en el Apocalipsis, el nombre simbólico de todo intento imperial, de toda configuración de fuerza opresiva. En el Nuevo Testamento Babilonia será el nombre simbólico de Roma.

- <sup>6</sup> Enrique Dussell desarrolla la significación bíblica de Babilonia como símbolo de poder imperial en su *Ética Comunitaria*.
- <sup>7</sup> La Mishna, que contiene los comentarios rabínicos a la Biblia hebrea y que es posterior al surgimiento del cristianismo (siglo II en adelante), propone una lectura ambigua de Babel, en la que aparece como una acción divina que “salva al ser humano” de su desmesura. En ello ve a la vez una acción positiva de Dios, pero limitadora de la condición humana. Otras tendencias religiosas también hacen referencias a Babel, en general aislando la historia de su contexto literario, tomándola, generalmente, como rebelión de la humanidad toda ante Dios, y dando distinto valor al modo en que Dios disuelve ese proyecto.
- <sup>8</sup> Por otro lado, también hay que reconocer otras corrientes cristianas, evangélicas o católicas, que han contribuido a la preservación de las lenguas de los pueblos originarios, debiéndoseles las primeras gramáticas y diccionarios, así como la colaboración en la preservación de versiones escritas de los antiguos mitos de estas naciones.
- <sup>9</sup> Forma dialectal del holandés colonial en Sudáfrica.
- <sup>10</sup> Lengua mapuche. También se encontrará como mapuzungun o con otras grafías.

### **Bibliografía**

- Bourdieu, Pierre, *¿Qué significa hablar?* Madrid, Akal, 1985.
- Dussel, Enrique D., *Ética comunitaria*. Buenos Aires, Paulinas, 1986.
- Ekó Ekó Ada, J. M., *La torre de Babel: signo de libertad en el plan salvífico de Yahvé*. Tesis inédita. Buenos Aires, Isedet, 1991.
- García Canclini, Néstor, *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, Grijalbo, 1990.
- — —, *La globalización imaginada*. Buenos Aires, Paidós, 1999.
- Míguez, Néstor, “Un acercamiento a Génesis 10-11 en diálogo con el pueblo Qom”, en *Vida y Pensamiento*. San José, Costa Rica, 2002.
- Schwantes, Milton, “La ciudad y la torre. Un estudio de Génesis 11.1-9”, en *Cristianismo y sociedad*, n° 69-70, 1981.